

# ÍNDICE

- I. En la misma nave espacial Tierra 9

## PRIMERA PARTE EN EL CALLEJÓN DEL GATO

- II. Ante los espejos del Callejón del Gato 27  
Primer espejo. De la construcción de Occidente 30  
Segundo espejo. Del orientalismo y los orientalismos 39  
Tercer espejo. Del occidentalismo  
y los occidentalismos 52  
Cuarto espejo. De los «valores asiáticos» 62
- III. Tras los espejos 71  
De la identidad de la identidad y sus esencias 71  
De la «pseudo-especiación» 75  
Del historicismo y el sentido (sacrificial) de la Historia 76  
De la cosmología y las cosmologías 78
- IV. El mundo: visiones clásicas. Supuestos implícitos  
e instrucciones de uso 83  
El mundo: visiones clásicas 83  
Supuestos implícitos 89  
Instrucciones de uso: de la diplomacia tradicional  
y sus inercias 92

SEGUNDA PARTE  
PARA SALIR DEL CALLEJÓN DEL GATO

- V. Ideas-cimiento. Democracia–desarrollo–cultura–paz:  
visiones clásicas y nuevos paradigmas para nuevas  
hojas de ruta 97  
Ideas-cimiento 97  
Democracia–desarrollo–cultura–paz: visiones clásicas 98  
Democracia–desarrollo–cultura–paz: nuevos  
paradigmas para nuevas hojas de ruta 105  
Cultura, paz, desarrollo y régimen político en Asia  
y América Latina: una aproximación comparada 123
- VI. Ideas-cemento. Lentes y herramientas  
para la deconstrucción y construcción 133  
Perspectivas, lentes, zooms 133  
Principios, valores, actitudes 139  
Ideas-cemento 140  
¿Dónde? 152  
¿Quiénes? 153  
¿Para qué? 155
- VII. ¿Choque de civilizaciones? El mundo en la era de la  
globalización: modelo para armar 157  
Derrumbamiento Este-Oeste, globalización  
y transformación del sistema internacional 157  
La construcción de Europa: lecciones  
de una metamorfosis 166  
¿Choque de civilizaciones? 176  
Modelo para armar 197  
Una política exterior para la navegación de la nave  
espacial Tierra 213
- VIII. Nave espacial Tierra destino futuro 219
- Bibliografía 223

## I. EN LA MISMA NAVE ESPACIAL TIERRA

Parece haber caído sobre nosotros esa maldición china de que ojalá no te toque vivir épocas interesantes. Vivimos épocas interesantes, entresiglos que ha dejado atrás —imágenes de la caída del muro de Berlín, de las torres gemelas, los trenes de Atocha...— otras épocas, otras lógicas, otros mundos, camino hacia otras nuevas no alumbradas, concebidas, definidas del todo. Época de cambios y cambio de época. Mundo en cambio y cambio de mundo.

¿Hacia dónde? ¿Qué? ¿Quiénes? ¿Cómo? Decía Gabriel Celaya que «la poesía es un arma cargada de futuro que te apunta al corazón». Al corazón y a la cabeza nos dispara el futuro sus preguntas para construir el mundo y vivir la vida. Si las ideas no han salido nunca del todo de la caverna de Platón, pero sin embargo han iluminado el caminar de la mujer y del hombre; si, aunque no se hayan realizado nunca del todo en la Historia, sin embargo la han movido: ¿cuáles son las que pueden ayudarnos a aprehender, comprender el mundo y conducirnos en él, conducirlo?

Sin duda, las respuestas a tales preguntas pueden ser tantas como individuos las respondan, influidas por las circunstancias, vivencias, cultura y lecturas de su yo. Si desde el mío tuviera que intentar acometerlas, iniciar un camino para comprender y aprehender ese mundo en cambio y cambio de mundo, recurriría como punto de partida, a modo de hipótesis o imágenes de referencia, punto de apoyo o muleta, barco o nave con las que realizar mi viaje, a las de la nave espacial Tierra de Kenneth Boulding, al mismo barco de Peter Sloterdijk, y a la relación entre «persona» y «democracia» y otras ideas fuerza del pensamiento poesía de María Zambrano.

Sostiene, sostuvo, Boulding, en su pionero pero siempre actual ensayo sobre la economía de la nave espacial Tierra (*The Economics of the coming spaceship Earth*, 1966), que nos encontramos en medio de un largo proceso de transición de la imagen que el hombre tiene de sí mismo y de su entorno:

Los hombres primitivos, y en gran medida los de las primeras civilizaciones, se imaginaban a sí mismos viviendo en un llano virtualmente ilimitado. Casi siempre había algún lugar más allá de los límites de la habitación humana, y durante la mayor parte del tiempo que el hombre ha estado sobre la Tierra, ha habido algo así como una frontera. Es decir, siempre ha habido otro lugar adónde ir cuando las cosas se ponían demasiado difíciles, sea por el deterioro del entorno natural o por el de la estructura social en los lugares donde se vivía. La de la frontera es probablemente una de las imágenes más antiguas de la humanidad, y no es sorprendente que nos resulte difícil deshacernos de ella.

Gradualmente, sin embargo, el hombre se ha ido acostumbrando a la noción de la Tierra esférica y a una esfera cerrada de la actividad humana...<sup>1</sup>

Para Boulding, se trata en definitiva del tránsito de un sistema abierto, que absorbe del entorno inputs, a partir de los que produce outputs, que devuelve a él, a un sistema cerrado, en que todo output es a su vez input de otro proceso del mismo sistema; un sistema que ha integrado al entorno en el mismo, conocible sólo desde dentro, participando en él. El tránsito de lo que simboliza como la economía del lejano Oeste a la de la nave espacial Tierra.

En el lejano Oeste, el «cowboy» —asociado con «el comportamiento despiadado, explotador, romántico y violento de las sociedades abiertas»— tiene siempre por definición hacia el Oeste un horizonte sin límites hacia el que avanzar, nuevas tierras, ríos, bos-

---

1. A lo largo de este ensayo, para facilitar la comprensión del lector, todas las citas de otras obras se harán en castellano, aunque la versión utilizada por este autor, como es el caso de la presente, esté en otro idioma, constituyendo estas traducciones realizadas por él mismo, no necesariamente coincidentes en su literalidad con las de la edición española de la obra, caso de existir.

ques, praderas, montañas o tribus indias por conquistar. Poco importa que a su paso se destruyan sin reposición las praderas o los bosques, se contaminen los ríos o se aniquilen las poblaciones aborígenes: dura es la ley del Oeste y de la vida, la del que dispara más rápido; y sobre todo más allá, hacia el Oeste, siempre habrá nuevas tierras, praderas u horizontes por conquistar. De alguna manera, incluso, al conquistar el «cowboy» no sólo no transgrede la ley, sino que cumple con la que le asigna el orden de las cosas y la vida, interpreta su papel, ejerce su poder, y con ello posee, destruye, transforma. Y en esa posesión, destrucción y transformación, de alguna manera también, realiza su esencia.

En la nave espacial, sin embargo, el astronauta no tiene, dentro de ella, horizonte lejano alguno por conquistar: vive entre las paredes cercanas de los distintos habitáculos, instrumentos y elementos de la nave, que debe conocer y conoce para su propia supervivencia. Cualquier cosa que produzca o haga, hasta sus propios excrementos, debe ser reciclada, transformada en energía y acción que haga posible la continuidad del viaje de la nave y de la vida. No hay en ella tribus indias a conquistar o someter. Dañar o eliminar a cualquiera de los compañeros de viaje y cotripulantes es dañar a la propia navegación: nuestra vida depende de la suya, es la suya. En su viaje todos los astronautas son necesarios e insustituibles. Ninguno puede llevar la nave solo, sino en cooperación con los otros. La cooperación, y no la dominación; el entendimiento mutuo, y no la imposición; la conciencia de que nosotros somos todos los que navegamos en ella, y que sólo con el esfuerzo, la aportación y la colaboración podrá la nave seguir su hoja de ruta... constituyen las claves y actitudes que hacen posible su viaje. No viaja el astronauta en la nave, ni conquista horizonte cercano o lejano alguno en ella: viaja la nave, la navega, y navega la nave en el espacio y en el tiempo. En el espacio del tiempo, pues de alguna manera el viaje de la nave es, como todo viaje, el del presente al futuro, la vivencia requiere de la supervivencia y ésta es, en primer lugar, la continuidad de la navegabilidad y navegación de la nave de hoy a mañana.

Sostiene Boulding que la Tierra no es ya una pradera sin límites sobre la que cabalgamos en búsqueda de nuevos horizontes, sino «una única nave espacial, sin reservas ilimitadas de nada, sea

para la extracción o para la contaminación, en la que, por lo tanto, el hombre debe encontrar su lugar en un sistema ecológico cíclico autosostenible».

Y que si en la economía del lejano Oeste:

El consumo es contemplado como algo positivo, al igual que la producción; y el éxito de la Economía es medido por la cantidad de producto obtenido a partir de los «factores de producción», parte de los cuales son extraídos, en cualquier caso, de las reservas de materias primas y objetos no económicos, y otra se transforma en polución. Si hay infinitas reservas de las que obtener materiales y depositar deshechos, lo producido puede considerarse la medida plausible del éxito de la Economía. El Producto Nacional Bruto es la medida aproximada del éxito de la Economía...

en la de la nave espacial Tierra:

La producción no es en modo alguno un *desiderátum*, sino algo más bien a minimizar antes que a maximizar. La medida esencial del éxito de la Economía no es la producción y el consumo, sino la naturaleza, extensión, calidad y complejidad del stock total de capital, incluyendo en el mismo el estado de las mentes y los cuerpos humanos existentes en el sistema. En la Economía de la nave espacial Tierra, la preocupación fundamental es el mantenimiento del stock, y cualquier cambio tecnológico que nos permita el mantenimiento de un stock total dado con menor producción y consumo es una clara mejora...

Nos plantea con ello las preguntas de si estamos o vivimos en la economía del lejano Oeste o en la de la nave espacial Tierra; y conforme a la lógica o perspectiva de cuál de ellas actuamos. La adopción de la perspectiva o la lógica de la nave espacial Tierra supone la asunción *del bienestar humano como stock y no como flujo*, así como el *carácter limitado de la materia, la energía y el conocimiento de que disponemos* para llevar a la nave en que viajamos todos a esa Itaca perdida, ese puerto que lleva por nombre el futuro. Supone asumir los límites de nuestro antiguo y tendencial avanzar

a la conquista del Oeste no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, la perspectiva y la responsabilidad no sólo de viajar placenteramente el viaje de nuestra vida, sino de entregar un día a nuestros hijos y nietos el volante de la nave en condiciones de seguir viajando el viaje de la vida.

La pregunta, la inquietud, de si no estamos en la nave espacial Tierra, pero la contemplamos y actuamos en ella desde la perspectiva y la lógica del lejano Oeste. De si no estamos ya en la nave espacial Tierra, pero no nos damos, o no queremos darnos, cuenta. De si será posible así su viaje destino futuro, por cuánto tiempo.

Segundo flash. Sostiene Sloterdijk en *En el mismo barco* (1994) que los humanos hemos pasado en la construcción, conducción y reproducción de nuestro nosotros por tres grandes etapas a través de la Historia, que compara metafóricamente con la evolución de la navegación, de las primeras balsas río abajo a los grandes trasatlánticos transoceánicos.

La primera, la de la paleopolítica —la política de la Historia antes de la Historia, de las grandes sociedades agrícolas sedentarias, de las ciudades...— sería «la del milagro de la reproducción del hombre por el hombre» (1994: 25) en esas primeras hordas que compara con «una especie de islas flotantes, que avanzan lentamente, de modo espontáneo, por los ríos de la vieja naturaleza» (1994: 25), grupos «extraídos de su entorno como esferas que estuvieran animadas, rodeadas por un invisible cerco de distanciamiento, que mantiene alejada de los seres humanos la opresión de la vieja naturaleza; con su protección, el *homo sapiens* puede convertirse en un ser que, de cara al exterior, evita el conflicto, y, hacia el interior, alcanza el lujo» (1994: 26). La esencia de ésta era de navegación colectiva en balsas radica en la configuración de la horda o colectividad que viaja en la balsa o isla flotante como «incubadora de cría», lo que «implica que todas las sociedades primitivas tienden a colocar su centro de gravedad la crianza de seres humanos, si es que quieren proseguir con éxito su tarea fundamental, la repetición del hombre por obra del hombre» (1994: 27).

De su organización en sociedades primitivas no sedentarias y navegación en balsas los seres humanos evolucionan hacia los grandes imperios agrícolas, las ciudades y las sociedades cuyas dimensiones van más allá de las hordas: la era de la navegación costera.

Lo que lleva a Sloterdijk a preguntarse sobre las claves, los elementos que hacen posible esa alquimia, esa metamorfosis.

¿Cómo puede un grupo —o digamos un sistema social— hacerse grande, o muy grande, y, sin embargo, no fracasar en la tarea de transmitir esa grandeza a las generaciones siguientes?; ¿cómo se pueden fusionar mil, diez mil, cien mil hordas... de modo que se les puedan exigir esfuerzos (como, por ejemplo, contribuir a instalaciones de regadío, cruzadas o impuestos por la reunificación) a favor de una tarea común?; ¿cómo se puede «conjurar» y juramentar a un número tan grande de seres humanos de tal manera que, en virtud de un mínimo de espíritu común, se consideren socios de aquella grandeza, hasta el punto de marchar hacia la muerte alistados en ejércitos de millones de efectivos, enfrentándose a otras confederaciones de ese mismo orden a fin de asegurar a sus descendientes eso que los ideólogos llaman «futuro»? (1994: 37).

Al abordar la respuesta a tales preguntas, sostiene Sloterdijk que Estado y cultura o civilización compartida son el sujeto y la sustancia, el alquimista y el elemento, que hacen posible ese cómo, esa alquimia, ese alumbramiento de nuevos nosotros integrales de hordas, de dimensiones hasta entonces desconocidas.

Pues, en la era de la política clásica, la ciudad, el Imperio o el Estado se configuran como el útero social que transforma al *homo sapiens* en *zoon politikon*:

La política comienza con el traslado del nacimiento, de la vivificación, de la madre física a la metafórica; el propio Estado es, por así decirlo, el seno más grande, él teje la imaginaria y psicoacústica envoltura que envuelve toda la polis, como el espíritu común de la ciudad... O sea, que, en el Estado, venir al mundo significa entrar en aquel círculo principal, que podría ser caracterizado como el gran seno o, más técnicamente, como la configuración política del útero social... (1994: 46-47).

En ese útero social, el alumbramiento de ese *zoon politikon*, yo perteneciente a una colectividad o un nosotros de nuevas dimen-



siones, se realiza a través de la educación y la cultura, la civilización como conjunto compartido de conocimientos, valores, creencias, mitos y símbolos.

Las estirpes y las confederaciones de estirpes, es decir, los pueblos, son hiperhordas o, mejor, integrales de hordas, que se mantienen unidas con eso que se conoce con el término cultura, tan pobre en sustancia de pensamiento y con todo tan difícil de significar. De ahí que las culturas sean, *per se*, grandezas políticas —instrumentos para el arte de levantar el edificio de lo improbable, pero posible, sobre las superestructuras de las confederaciones de balsas de hordas. Nada más natural que comparar las culturas con material de impregnación, o con diapasones que pueden usarse en el mismo tono base para afinar diferentes instrumentos. Máximamente, la cultura se podría circunscribir a un set de tonos que las poblaciones afinan para convivir y jugar entre ellas. En efecto, las lenguas están en el centro de las culturas, en la medida en que introducen a sus hablantes en juegos mundiales comunes... (1994: 82).

Era en que aparecen al tiempo el «atleta de Estado», dedicado a la conducción de ese barco en una esa nueva escala de navegación colectiva; la configuración, en el seno de éste, de «una segunda formación insular», la de aquellos exonerados de la lucha por la supervivencia, «en la que continúa fluyendo la corriente principal de la evolución humana» (1994: 56); y la explotación de unos grupos humanos por otros «como si fueran naturaleza exterior»:

Si antes dijimos... que los primitivos grupos humanos habían surgido de la vieja naturaleza por una especie de formación de islas, ahora, para proseguir con esta idea, tendríamos que asumir que, en cuanto el fenómeno del dominio se volvió epidémico, los grupos humanos empezaron a explotar a otros grupos humanos como si fueran naturaleza exterior: ahora, a la secesión respecto de la vieja naturaleza le sucede la secesión de los hombres respecto de los hombres... Esta paradoja de la exclusiva inclusividad hace valer ahora sus costes: los hombres empiezan a cazar hombres, los matan en gran número, elimi-

nan hordas y estirpes enteras, los compran y los venden, los utilizan como juguetes sexuales, los adiestran para hacer trabajos duros y les hacen más o menos difícil, cuando no imposible, la transmisión de sus lenguas, mitos y rituales a la descendencia... (1994: 55-56).

Barcos, nosotros que se definen frente a los otros, compiten con ellos, les hacen la guerra. «De la competencia entre lo grande y lo grande surgió la peste política de la era de la cultura superior: la guerra imperial y la guerra entre imperios» (1994: 65). Pues si, por un lado, los estados, ciudades e imperios agrarios y sus sucesores implican nuevas posibilidades de organización social y conformación de nosotros de dimensiones hasta entonces desconocidas, también suponen la acumulación de excedentes y desarrollo tecnológico capaz de llevar a nuevas dimensiones la expansión geográfica y la destrucción del otro. Nosotros que, de alguna manera, se construyen hacia dentro y hacia fuera; en la transmisión de esa común civilización o cultura en el útero social del Estado, y en su diferenciación frente a la del otro, su afirmación frente a éste, su contemplación como el extraño, el enemigo.

Barcos que sin embargo navegan con una carta de navegación para viajes antiguos, propios de sociedades agrarias ya superadas. «Con la aparición de la era industrial algo se mueve en los tres mil siglos del reino de los reinos» (1994: 65). Si a la era de las balsas sucedió «una época mundial de la navegación costera, con galeras estatales y poderosas fragatas que parten hacia arriesgados y lejanos destinos, llevadas por esa visión de la grandeza que está anclada en la bendita hermandad de los hombres»; nos encontramos ya en otra «de superviajes, casi imparables en su enormidad, en los que se atraviesa de parte a parte un mar de ahogados, con trágicas turbulencias en los costados de la nave y, a bordo, angustiosas conferencias sobre el arte de lo posible» (1994: 21).

Era de la hiperpolítica en la que tiene lugar «un tercer aislamiento insular», que «produce, sobre el nivel de aquellas islas de grandes oportunidades, un individualismo postsocial, por así decirlo, que genera y reclama una elevada proporción de favorecimiento social como condición previa para retirar a los individuos del sistema que los produce. Para la construcción de la sociedad, la tercera ola nece-

sita individuos, los cuales, a su vez, cada vez necesitan menos de la sociedad» (1994: 97). Tercera ola del aislamiento insular que «tiende a abolir el primado de la repetición sobre la renovación», de modo que «estos individuos del individualismo surgen de novelas de formación que ya no se orientan por la idea rectora de la repetición de los hombres por obra de los hombres» (1994: 98).

Primado de la creación sobre la procreación, de la producción sobre la reproducción, vidas vividas como proyecto individual, que lleva a Sloterdijk a afirmar que «con la irrupción de la época del mundo postagraría, la relación proporcionada entre lo grande y lo pequeño está a la espera de nuevas configuraciones en las que sea posible vivir» (1994: 91), por lo que conviene «en la teoría y en la práctica, la implantación de una política para los tiempos de la ausencia de imperios» (1994: 91).

Hiperpolítica definida como política para los últimos hombres.

A la vista de cosas que se agotan o que son de naturalezas terminales, los últimos seres humanos no son capaces de sacar sus propias conclusiones. De ahí que la hiperpolítica —sea lo que quiera que sea— es la primera política para los últimos hombres. En la medida en que organiza la capacidad de convivir de los últimos, tiene que hacer una apuesta con muchas pretensiones, para la que no hay precedentes; se enfrenta a la tarea de hacer, a partir de la masa de los últimos, una sociedad de individuos que, en adelante, tomen sobre sí el ser mediadores entre sus ancestros y sus descendientes (1994: 102-103).

En este cambio de era, desde la conciencia de la impotencia de las culturas nacidas y aglutinadoras de las sociedades agrarias y su evolución para aglutinar nosotros que seamos también los otros, el nosotros que somos todos, y al tiempo de que, en la era que nos ha tocado vivir, nosotros somos ya todos, estamos todos en el mismo barco, y necesitamos de la ciencia de navegación, los instrumentos y las hojas de ruta —la civilización y la cultura— para navegarlo, considera Sloterdijk «que la sociedad actual... no puede hacer nada mejor que darse una pausa para la reflexión sobre cuestiones fundamentales», y reclama «un debate constitucional que proceda a una indagación de la forma del mundo» (1994: 71).

¿Últimos o primeros?. Bien pudiera ser que la lectura de Boulding y de Sloterdijk nos llevara a contemplarnos como los últimos cowboys a la conquista de un Oeste que ya no existe, marineros de navegación costera aplicando la hoja de ruta de nuestras culturas nacionales para la afirmación y supervivencia de nuestro imperio frente al otro; condenados al naufragio al no darnos cuenta de que ya no navegamos en nuestros nosotros frente a los otros, sino que nos encontramos ya todos en el mismo barco, en alta mar, más allá de horizonte o costa alguna conocida, en la misma nave espacial Tierra; al aplicar las tácticas y técnicas de navegación del llanero solitario o del nosotros frente a los otros para la conducción de vehículos y viajes en otra escala, de esa misma nave espacial Tierra nueva superintegral de colectividades en una única colectividad global en que nosotros somos los otros, somos todos.

Pues en definitiva tal es la tensión íntima, el dilema de supervivencia y de conducción y gobernabilidad global que nos plantea la globalización de la sociedad de la información: vivimos ya —querámoslo o no; démonos o no cuenta de ello— en la única nave espacial Tierra, mismo barco o sistema cerrado en que todo lo que hagan o dejen de hacer sus tripulantes y componentes afecta al viaje y su rumbo, a la posibilidad de seguir viajando; nosotros global de nosotros colectivos cuyo reto no es ya la afirmación, navegación, supervivencia o victoria de nuestro yo frente al otro, nosotros frente a los otros, sino de nuestro nosotros frente al de nuestros hijos, para el de nuestros hijos. De alguna manera, nuestro destino, el reto de nuestro viaje, no está ya en el espacio, sino en el tiempo. Pero el viaje que sabemos viajar, que hemos aprendido y nos han enseñado a viajar, nuestras cartas de navegación, nuestros vehículos, son para viajar en el espacio, conquistar el Oeste o hacer navegación costera en estados o imperios cohesionados por culturas constructoras de nosotros frente a otros, sobre otros. Nuestra cultura, salida del útero social del Estado, nos prepara para formar parte de un nosotros que va más allá del nosotros primitivo de la navegación en balsas, válido para la conformación de sociedades en un grado de complejidad y posibilidades de navegación cualitativamente superior, en las que se ha producido un segundo aislamiento que ha dado lugar a un desarrollo tal que la sociedad, la economía, el mundo, el nosotros originario forma parte de un

nosotros global a cuya supervivencia y viabilidad está ineludiblemente ligado. Superación de un nosotros, de una política, en el origen de ese tercer aislamiento productor de individuos postsociales cuya ambición de producción y creación más allá o sin consideración de la reproducción y la procreación bien pudiera hacer de la hiperpolítica esa política de los últimos hombres que, no asumiendo que lo que era un sistema abierto se ha transformado en un sistema cerrado, conduciendo y conduciéndose con lógica y técnicas de conquista del Oeste la nave espacial Tierra, de ese antiguo nosotros frente a los otros, bien pudiera convertirse en la política de la destrucción de la nave en pleno viaje, del naufragio en alta mar y el retorno tal vez a las balsas.

O no. Tal vez no, tal vez pueda ser la hiperpolítica la primera política de los primeros hombres y mujeres que asumieron la conducción de la nave espacial Tierra destino futuro. Que inventaron nuevas cartas de navegación y nuevas técnicas; supieron utilizar la capacidad de producción y creación adquirida en el tercer aislamiento, no para la salvación o realización individual como última mujer o último hombre, sino para, desde esa conciencia de navegación en el mismo barco o nave espacial, fabricar un nuevo útero social alumbrador de la cultura de la supervivencia y de la vivencia de la colectividad global, del nosotros que son también los otros, que somos todos. De ese hombre o mujer astronauta capaz de conducir y participar en el viaje de la nave espacial Tierra destino futuro, de hacer de éste el viaje de la vida. Generador, en definitiva, de nuevos paradigmas para una nueva cultura de la globalidad, integral aglutinadora de ese nosotros que somos todos —de esa asunción de nuestra identidad no sólo como la del navegante en la balsa de las relaciones cercanas, o en el barco de nuestra sociedad, cultura o nación; sino también como ser humano y habitante de este planeta.

Generación, alumbramiento de ese yo y ese nosotros que en modo alguno podría realizarse contra o sobre la supresión de nuestra identidad y nuestra cultura; sino a partir de ella, para ir más allá. La cultura de la era de la hiperpolítica o de la nave espacial Tierra no presupone identidades excluyentes o dicotómicas, sino múltiples y simultáneas. Formamos parte de diferentes nosotros: del que navega en la balsa de nuestra familia y nuestra tribu, del que navega en el barco del acontecer colectivo de nuestra cultura,

sociedad o nación, del que navega en la misma nave espacial Tierra. Nuestro yo no puede formar parte de uno contra el otro sin atentar contra sí mismo. Y para ello debe procurar que esa triple navegación no se destruya una a la otra, sino que se retroalimente positivamente. Que nuestro navegar en la balsa de nuestro nosotros más inmediato no sólo no choque con el de los nosotros de otras balsas con los que compartimos el navegar del barco del nosotros de nuestra cultura, sociedad o nación, sino que contribuya positivamente a éste. Y que nuestro navegar en el nosotros de nuestra cultura, sociedad o nación —en cualquiera de los nosotros de los que seamos o podamos ser parte— no se haga contra los de otros, sino de manera que contribuya positivamente a la conducción y navegación de la misma nave espacial Tierra en la que navegamos todos.

¿Qué supone esa cultura o civilización global? ¿Cómo y desde dónde contribuir a su alumbramiento?

No supone, ciertamente, la ausencia de planteamiento y ambición de universalidad en la cultura o las culturas o civilizaciones. Pues no son pocas las que se han presentado a sí mismas como encarnación de la universalidad del ser humano, y en nombre de ésta han justificado y expandido su cultura y su poder. Entre ellas ninguna como la civilización occidental, que en nombre de su misión civilizadora ha extendido por el mundo su poder. Hasta el punto de dar lugar, durante la Guerra Fría, a la confrontación de dos proyectos ilustrados, igualmente hijos de la razón y la civilización occidental, con pareja vocación de imposición o proyección universal. Su desaparición, con la caída del muro de Berlín, no ha llevado al hegeliano fin de la Historia proclamado por Fukuyama; sino a la posmodernidad y al cuestionamiento de la universalidad occidental. Frente a la globalización de la sociedad de la información —y la pregunta sobre si ésta implica una nueva occidentalización—, el retorno, refugio o emergencia de lo identitario, lo cultural y civilizacional como nuevo eje estructurador del sistema internacional y factor explicativo global, como intenta Huntington en su «choque de civilizaciones».

Supone sin embargo, frente a esa y otras tesis a las que más adelante dedicaremos la debida atención, la «civilización de las civilizaciones» en el doble sentido de «domesticación» —«apprivoiser

la panthère», como diría Amin Maalouf en *Les identités meurtrières* (1998)— o relativización de lo identitario, construcción de ese espacio de libertad individual imprescindible para la reflexión en libertad sobre las grandes cuestiones globales y desde el que construir la identidad o cultura común, de tolerancia del otro y de las múltiples realizaciones posibles del yo, de que somos en definitiva (culturalmente) hijos de varias madres; y de construcción de una cultura o civilización global para la supervivencia global, para la configuración del nosotros que somos todos y la navegación de la nave espacial Tierra destino futuro.

Construcción que supone la definición del qué y el cómo de los criterios de funcionamiento y la carta de navegación de la nave espacial Tierra, de un proyecto de convivencia compartida, de supervivencia y vivencia y gobernanza global. La construcción de una visión común sobre el desarrollo sostenible, la paz y la democracia como ideas fuerza para dicha gobernanza, de los bienes públicos globales, y de los principios y mecanismos para avanzar hacia ellas. Del contenido y las reglas del juego global. Y de sus actores y la legitimidad de los mismos.

Que supone, como se ha señalado ya, una visión, un proyecto, un nosotros en el tiempo y para el tiempo. Un pacto global, en expresión de David Held (2005), no sólo entre todos los seres humanos —todos los habitantes de la nave espacial Tierra— de hoy, sino entre éstos y los de mañana, para los de mañana.

¿Cómo? Muchas han sido y serán las aportaciones a esa reflexión sobre las cuestiones fundamentales y a ese debate constitucional que proceda a una indagación de la forma del mundo que reclama Sloterdijk; y este ensayo —pues de eso se trata, de un ensayo, un intento de explicar y explicarse, de compartir preguntas y reflexiones— no pretende sino ser una entre ellas.

Ensayo —a partir de esta hipótesis inicial de la tensión conformación de un nosotros global en una única nave espacial Tierra carente sin embargo de una cultura o útero social garante de su supervivencia y reproducción, de la necesidad de construirla— de contribuir a ello a través de un viaje o itinerario intelectual en dos etapas. La primera, de *comprensión del presente y del siempre*; de los espejos cóncavos y convexos del Callejón del Gato, siguiendo la valle-inclanésca definición del esperpento, condicio-

nan y distorsionan nuestra visión de la realidad y del mundo. De las visiones en los espejos (capítulo II) que han conformado los nosotros frente a los otros y a los otros frente a nosotros —de la universalidad y la supremacía occidental, los orientalismos y los occidentalismos, los «valores asiáticos» y otras alternativas. Y de los supuestos e ideas, en definitiva, que subyacen tras ellos, los sostienen y conforman: de la identidad y sus esencias, la «pseudo-especiación», el historicismo y el sentido (sacrificial) de la Historia, la cosmología y las cosmologías, (capítulo III); de la conceptualización del sistema internacional, las visiones clásicas sobre el mismo, sus supuestos implícitos e instrucciones de uso (capítulo IV); así como sobre el desarrollo, la democracia, la cultura y la paz (capítulo V).

La segunda, de *esbozo y búsqueda de ideas y principios, nuevos paradigmas y posibles elementos para salir del Callejón del Gato*, conformadores de la carta de navegación de la nave espacial Tierra destino futuro, la civilización de las civilizaciones y la construcción del desarrollo sostenible, la paz y la democracia en el nosotros que somos todos. Del nosotros que somos todos. Del modelo para armar el mundo y articular la gobernanza global. En un viaje en tres etapas que nos llevará a la consideración de nuevos paradigmas sobre la democracia, el desarrollo, la cultura y la paz como ideas-cimiento para dicha construcción (capítulo V); de las lentes, perspectivas, herramientas e ideas-cemento para ésta (capítulo VI); de las transformaciones del sistema internacional en la era de la globalización, las lecciones de la construcción europea, la tesis del choque de civilizaciones, y de las teorías, paradigmas y elementos para un modelo para armar de gobernanza global y navegabilidad y navegación de la nave espacial Tierra destino futuro y la política exterior para la misma (capítulo VII).

Viaje en dos etapas hacia la nave espacial Tierra destino futuro para, a partir de ahí, desde ahí, volver la vista atrás y considerar el camino recorrido hacia atrás y hacia delante (capítulo VIII).

Quisiera, llegado este momento, que subiéramos al barco, leváramos anclas, iniciáramos viaje. Pero no. Todavía no. Todavía falta algo: no basta el mismo barco nave espacial Tierra para emprender nuestro viaje. Falto yo. Faltas tú. Falta el tercer punto de apoyo o muleta de que hablaba al principio.



Pues en este viaje no viajamos sólo nosotros. Ni viajamos tú o yo en uno o varios de los múltiples nosotros de los que formamos parte a la búsqueda del nosotros que somos todos (del que queremos también formar y formamos parte). Viajo, también, yo. Viajas, también, tú.

Yo, y tú, pues aunque ni yo ni tú podemos ser sin ser parte de un nosotros, ni tú ni yo somos, sólo, parte de un nosotros. No cabe por ello plantear la construcción de ese nosotros global sólo a partir de nuestro nosotros; sino, también, a partir de nuestro yo. Pues para él, para que sea más plenamente él, para que pueda seguir siendo él o para que llegue a ser el verdadero él que todavía no es del todo, lo buscamos y lo construimos, también y sobre todo.

Nuestro yo, y nuestra persona. Pues, como señala María Zambrano, «cada hombre está formado por un yo y una persona» (1988: 79). Persona que es «algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre y en ese sentido era así desde el principio; mas como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita» (1988: 103). Persona que, para serlo, para serse, produce la Historia:

Pues, paradójicamente, existe la Historia, este cambiar incesante, porque el hombre, su protagonista, es algo que no se agota en la Historia, porque en alguna dimensión de su ser está más allá de ella. Y por eso la produce (1988: 114).

Y que sólo puede ser, serse, en democracia, «la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, ser persona» (1988: 133). Vivir como persona:

Entraña responsabilidad, conciencia. Todo ello se da en un cierto tiempo, en una cierta manera de vivir en el tiempo. Y en ella se evita la catástrofe (1988: 145).

Concluye María Zambrano su *Persona y democracia* afirmando que:

Si el hombre occidental arroja su máscara, renuncia a ser personaje en la Historia, quedará disponible para elegirse en

persona. Y no es posible elegirse a sí mismo como persona sin elegir, al mismo tiempo, a los demás hombres.

Con ello no se acaba el camino; más bien empieza (1988: 165).

Empieza, sí, nuestro camino. Inicia nuestro viaje eligiéndonos como personas. Con nuestra persona, nuestras personas, también a bordo. Inicia, o ha iniciado ya: como dice el proverbio chino, con un solo paso se inicia un camino de tres mil leguas. Con la conciencia, como en el poema de Seferis, de que Itaca está en el viaje.

No ha habido civilización sin quimera. Y de la calidad, fuerza y realidad de su quimera, depende la grandeza de esta civilización (Zambrano, 1988: 129).

Súbete ya y abróchate el cinturón a la vida.